

Aspectos psicológicos en el extremismo político

Por ENRIQUE GUARNER

La génesis de la democracia tiene que hallarse en Atenas. Alrededor del año 594 antes de J.C., la responsabilidad para la intervención del pueblo en el gobierno de la ciudad le fue encomendada a Solón, quien estableció un plan de reformas legales para que las mayorías tomaran las decisiones administrativas. Podría afirmarse que por medio de este sistema uno de cada cinco atenienses ocuparon algún cargo oficial. Fue así como durante dos siglos los habitantes se rotaban en las funciones administrativas e incluso cuando sucedía algún acto reprochable, éste era discutido en el ágora para que aquel que había violado la ley sufriera el consiguiente castigo.

El mismo juicio por corrupción de la juventud contra Sócrates que tuvo lugar el año 399 antes de J.C., fue el resultado del desarrollo de la democracia. En su «Apología», Platón nos dice que su maestro se había ganado la opinión adversa de las mayorías y como el filósofo se negó a comprometer sus convicciones declarándose moralmente limpio, se le condenó a muerte. Sócrates se rehusó a evadir la sentencia popular y en un vaso tomó la cicuta mezclada con vino.

Debe verse a Platón como un opositor de la democracia puesto que en «La República» sostiene que el Estado tiene que ser gobernado exclusivamente por los más sabios, los cuales no necesariamente obedecerán las leyes. Posteriormente en sus últimos «Diálogos» el filósofo llega a la conclusión de que aquellos que manejen la administración pública tendrán que ser controlados por los hombres más inteligentes que vivan en Atenas.

La «Política» de Aristóteles constituye el primer tratado científico sobre esta ciencia y en el texto se insiste en que la función principal de cualquier Estado es la de la educación de los ciudadanos. Por lo tanto, este libro tiene que ser leído en el contexto moral junto con la «Ética a Nicómaco».

Sin duda el orador romano más importante fue Cicerón, quien pensaba en la existencia de una verdadera ley la cual sería: «de acuerdo con la naturaleza y que se aplicaría a todos los hombres y nunca se modificaría, porque partiría de un concepto eterno». De acuerdo con este criterio si los seres humanos poseen una igualdad moral, el Estado no será otra cosa que una propiedad pública y deberá ser organizado de tal forma que todos los ciudadanos figuren en la formulación de las leyes. En otras palabras, Cicerón propugnaba por una especie de soberanía popular.

Charles Louis de Secondat, mejor conocido como el barón de Montesquieu en su libro «L'esprit des lois» publicado en 1748, mantenía la idea de que si una nación llegara a ser libre, sin que la gobernara el arbitrio de los poderosos tendría una organización política en la cual «la propia autoridad limitará a la autoridad», de tal manera que ningún individuo o asamblea detente el poder para escribir las leyes o aplicarlas, porque el pueblo a través de sus representantes controlará a los Soberanos.

Montesquieu, que prefería un gobierno monárquico modificado, pensaba que los tres poderes fundamentales, ejecutivo, legislativo y judicial, deberían ser corporaciones separadas para que siempre existiera un balance de fuerzas e influencias. Es decir, que el barón era un creyente del «juste milieu» o equilibrio en la administración pública. Sin embargo, a pesar de las aportaciones de estos grandes autores, es un hecho que en la mayoría de los gobiernos hallamos dos clases: una que dirige y otra que se deja mandar. La primera monopoliza la conducción del Estado y disfruta de todo tipo de ventajas. La segunda, que lógicamente resulta muchísimo más numerosa carece de poder y suplementa al diminuto grupo que la dirige de los recursos materiales para su subsistencia y apoya a una instrumentación política con la que en numerosas ocasiones no está de acuerdo.

Dentro del sistema gobernante siempre existen dos organizaciones: una que dirige sus actividades, y un segundo estrato que podríamos denominar burocrático. Cuando este último, como sucede en México, carece de un cierto nivel de moralidad e inteligencia, se producen graves deficiencias que repercuten en todos nosotros. Parte del problema se deriva de la falta de probidad de los líderes quienes transmiten sus propias lagunas éticas al grupo creando un desmedido apetito por ganancias que generalmente se obtienen por medio del soborno.

Véase la forma como enturbian los trámites administrativos tanto los funcionarios de segundo orden, como los policías.

La preponderancia absoluta de una sola fuerza política suele dar lugar al despotismo y a que cualquiera que ocupe el poder tome ventaja de su posición, actuando casi exclusivamente en su propio beneficio. Los efectos de este sistema fueron descritos magistralmente por el escritor Feodor Dostievsky quien sufrió la tiranía hasta el punto que tuvo que vivir diez años desterrado en Siberia.

En «Humillados y ofendidos» este autor nos dice: «cuando el hombre adquiere un poder ilimitado sobre sus semejantes, cae siempre en la degradación y nunca puede resistirse a hacer el mal. La tiranía es un hábito que al final se transforma en una enfermedad. El mejor ser humano se brutaliza convirtiéndose en una bestia salvaje. Con el poder la sangre se intoxica y el espíritu se vuelve accesible a las mayores anormalidades que le provocan crueles alegrías. La posibilidad de cualquier licencia puede tomarse contagiosa en los seguidores de los amos y aunque la sociedad desprecie al verdugo oficial, ella no desestima necesariamente al verdugo todo poderoso».

Para que un régimen alcance el autoritarismo tiene que imponer una serie de trabas a las libertades básicas. Es por ello que una persona puede ser arrestada y hasta condenada sin que haya violado regla alguna. Los medios de comunicación como son: la prensa, la radio y la televisión se censuran y los gobernantes jamás aceptan la discusión o crítica en cuanto a las acciones que realizan.

En general, esta falta a los principios de la Revolución Francesa como fueron: la libertad, igualdad y fraternidad es la que determina el que surgan los extremistas, los cuales en el fondo quieren destruir esta forma de gobierno. Es por esta razón por la que vale la pena que analicemos los orígenes de sus características.

Psicodinámica de los extremistas

En primer lugar debe hacerse una distinción de que cualquier punto de vista no necesariamente refleja lo correcto o incorrecto de estas posiciones. De la misma manera las actitudes en política no pueden aplicarse como formulaciones universales y casi todos los seres humanos sentimos inclinaciones hacia las derechas o las izquierdas. En otras palabras, la descripción de los motivos que nos llevan a ellas, solamente se pueden acomodar a muchos pero no a todos los que optan por una actitud radical.

Doy por supuesto que aquí me ocuparé exclusivamente de aquellos que toman posiciones extremistas sin pensar en ventajas económicas o de poder. Tengo que agregar que por estas razones han habido en la historia abundantes simuladores puesto que tanto Hitler como Mussolini fingieron posturas cercanas a las izquierdas y una vez que alcanzaron la supremacía se transformaron en verdaderos radicales de derechas. De la misma manera Franklin Roosevelt inició su carrera apoyado por los conservadores hasta que la depresión de los treinta hizo que se inclinara hacia un socialismo que podríamos calificar mitigado.

Para diferenciar a un extremista de un moderado debemos encontrarle las siguientes características:

- 1) Una fe ciega hacia el líder en turno, al cual se le adjudican todo tipo de cualidades sin ver en él defecto alguno.
- 2) Distorsiones extremas en la percepción de lo que se denominan enemigos. En relación con ellos siempre existirá suspicacia y se desea su eliminación y destrucción.
- 3) Se desarrolla un sentimiento de grandiosidad y megalomanía, con la convicción de que si predominan las ideas propias puede salvarse el mundo.
- 4) Demandan una acción inmediata para detener a los opositores, los cuales nunca deben exponer sus ideas. Esta situación puede dar lugar a la justificación de todo tipo de brutalidades porque los radicales del bando contrario son identificados como autoritarios.

Las características que he enunciado son compartidas por todos los extremistas ya sean de derechas o de izquierdas. Sin embargo, existen diferencias marcadas entre un grupo y el otro. Ellas podrían ser:

A) Los de izquierda exigen un cambio absoluto en el «status quo» y desechan los modelos sociales establecidos. En general, muestran mayor liberalidad sexual, suelen ser antirreligiosos y buscan el predominio en cuanto a la integración de las razas.

En contraste con ellos, los radicales de la derecha desean fortalecer el estado en el que se encuentran las cosas. Ven en el orden la esencia de la vida y favorecen la moral vigente evitando cualquier expresión del erotismo. Son convencionales, intensamente racistas y partidarios del nacionalismo.

B) Los extremistas de izquierda piensan en un futuro utópico y quieren reformar el presente. Los radicales de la derecha hacen énfasis en las glorias del pasado.

En realidad estas posiciones se inician desde la infancia por el contacto con los padres. Los de izquierda tuvieron progenitores más flexibles, condescendientes, pero débiles e inconformes. En las teorías de Marx encuentran la fuerza de la que carecieron cuando fueron niños. Buscan la alianza con los hermanos para conseguir la energía que nunca tuvieron sus padres.

Por el contrario, aquellos que toman posiciones radicales de derechas contaron con progenitores rígidos y represivos que siempre restringieron sus acciones. Esta falta de flexibilidad determinó una ausencia de comunicación, aislamiento de sus afectos y escaso interés hacia los problemas comunitarios y sociales.

La persona moderada no posee en el fondo certeza sobre el espectro político porque sabe que el gobierno es conducido por seres humanos que siempre serán ambivalentes y cuyo éxito o fracaso dependerá de las capacidades mentales que detentan.